

ANGELI NOVI

Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y construcciones del catolicismo en América (Siglos XVII-XX)

Fernando Armas Asín

Editor

Capítulo 11



Pontificia Universidad Católica del Perú

Fondo Editorial 2004

Primera edición: febrero 2004

Angeli Novi
Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y
construcciones del catolicismo en América
(Siglos XVII-XX)

Carátula: Edgar Thays

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7410
Teléfono: 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052004-0953

Derechos reservados
ISBN: 9972-42-623-8

Impreso en Perú - Printed in Peru

La Sociedad de San Vicente de Paul en Chile. Nuevos vínculos con los pobres urbanos, 1854-1870

Macarena Ponce de León Atria
Pontificia Universidad Católica de Chile

A lo largo del siglo XIX, por lo menos hasta los años 1870 y 1880, comienza a perfilarse con mayor urgencia la llamada «cuestión social»: la aristocracia republicana, heredera de las ideas ilustradas, mira al pobre como un elemento social a civilizar; educándolo y moralizándolo para el sector más liberal, cristianizándolo para los más conservadores. Ya fuera filantropía o beneficencia, *caridad oficial* o *caridad cristiana*, según las palabras del arzobispo Valdivieso, en general, los ricos miraron al pobre desde una perspectiva menos política y más asistencial valorando de diferentes maneras la beneficencia en cuanto instrumento eficiente en la conquista del orden social.¹ Sin embargo, y es aquí donde radica el interés de ese trabajo, esta relación entre ricos y pobres fue variando a lo largo del siglo al compás de los cambios estructurales —políticos, sociales, económicos y culturales— implicados en el nuevo contexto republicano secular.

Restringiéndonos al sector católico-conservador de la sociedad y a la pobreza urbana de las décadas 1850-1870, podríamos visualizar que, no sin reveses y dificultades, los vínculos entre unos y otros se van transformando a medida que la elite fue tomando conciencia de la realidad material de la pobreza desde una perspectiva más sociológica y menos teológica. Esta nueva mirada no fue sino el resultado de una política de caridad abierta hacia la pobreza urbana llevada a cabo dentro de la reorganización eclesiástica del Arzobispo. En ella, la llegada de las nuevas congregaciones de vida activa y asociaciones laicas, cuyo modelo fue importado desde el catolicismo francés, fueron elementos vitales en esta teología de la pobreza desarrollada por la Iglesia católica en orden a reorganizar a su feligresía y reconquistar un espacio social que le pertenecía.

Con respecto al cambio en la relación de la elite con los pobres urbanos, la llegada de la comunidad vicentina —los reverendos padres Lazaristas y las hermanas de la

¹ VALDIVIESO, Rafael Valentín. «Caridad cristiana y caridad oficial». En *Obras Científicas y Literarias del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Rafael Valentín Valdivieso, Arzobispo de Santiago*. Santiago: Imprenta de Nuestra Señora de Lourdes, 1904, Tomo III; SERRANO, Sol. *Virgenes Viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000, p. 33.

Caridad en su vertiente religiosa— y la Sociedad de San Vicente de Paul —su brazo laico— fue de una enorme importancia para comprender la vitalidad de estas nuevas sociabilidades, sus nuevas prácticas piadosas y caritativas, sobre todo la llamada visita a domicilio de los pobres. El alto clero vio en este modelo una herramienta poderosa para enfrentar la secularización.

Primeros pasos de la Sociedad de San Vicente de Paul en Chile

La Sociedad de San Vicente de Paul nació en París en 1833 como resultado de la iniciativa de un grupo de estudiantes liderados por la figura de Frédéric Ozanam.² Rápidamente su veloz expansión la hizo transformarse en una institución de edificación mutua y acción caritativa de envergadura mundial.³ A Chile arribó abril de 1854 tras las gestiones de los presbíteros, José Hipólito Salas y Joaquín Larraín Gandarillas; dos de los más fervientes discípulos del arzobispo Valdivieso.⁴

La Sociedad estaba compuesta por diversas *Conferencias* (*Conférences de Charité*), nombre con el que se designaba a los grupos de consocios —todos hombres que pudieran ayudar económicamente al prójimo— reunidos en forma semanal con la finalidad de practicar la caridad y, a través de ella, llegar a ser mejores cristianos.

Desde 1835, la Sociedad contaba con un *Reglamento General* que prescribía derechos y obligaciones a los socios, distintas categorías entre ellos, la organización y funcionamiento interno de cada Conferencia y, por último, la estructura general de la Sociedad en su conjunto. La primera de las obligaciones de cada vicentino era, precisamente, visitar una vez por semana algún *pobre vergonzante* o empobrecido que

² En medio de la agitación política y social del 30 y el 48 francés, la restauración católica fue acelerada y el asociacionismo laico fue uno de sus puntales más firmes en donde podía germinar de manera espléndida la fuerte renovación intelectual que se estaba produciendo dentro del catolicismo. Teniendo como telón de fondo además la consolidación del ultramontanismo en la Iglesia católica europea y la emergencia de la problemática obrera, es que las motivaciones privadas de este pequeño grupo dieron nacimiento a una institución de presencia mundial.

³ La llegada de la Sociedad de San Vicente de Paul al país se situó en un contexto de amplia expansión una vez que su organización ya había sentado las bases de una asociación internacional. Entre 1851 y 1861 la Sociedad de San Vicente de Paul multiplicó su tamaño por cinco veces, pasando de 766 a 3623 conferencias; es decir, 2857 conferencias en diez años. Chile fue el cuarto país en contar con una Conferencia en América y el primero en hacerlo en el cono sur. FOUCAULT, Albert. *La Société de Saint Vincent de Paul. Histoire de Cent Ans*. París: Editions Spes, 1933, p. 159.

⁴ Dos de los más fervientes discípulos del arzobispo, José Hipólito Salas y Joaquín Larraín Gandarillas estuvieron encargados de las gestiones. Salas, recientemente nombrado obispo de la diócesis de Concepción, al sur del país, fue quien tomó contacto con la directiva francesa de la Sociedad en Roma durante la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María, trayendo consigo el Reglamento de las Conferencias europeas. Larraín Gandarillas, por su parte, se desempeñaba como Secretario del arzobispado y Rector del Seminario de Santiago. En el futuro sería Vicario Capitular de la diócesis, siendo un intenso promotor y activo gestor de la llegada al país de varias congregaciones de vida activa y sociabilidades laicas europeas.

careciera de medios para trabajar acompañado de otro consocio, sin por ello desatender otras iniciativas de beneficencia. Los mendigos y los vagabundos quedaban excluidos. Toda Conferencia debía ser dirigida por laicos sin poder establecer relaciones políticas con ningún partido o gobierno, no obstante las buenas relaciones que se debían mantener con la Iglesia y el poder civil.

La dirección mundial de las Conferencias era centralizada desde el *Consejo General* de París. Cada país contaba a su vez con sus propias instancias de dirección que reportaban a Francia.⁵ Para que una Conferencia fuera parte de la Sociedad y gozara de los privilegios y gracias otorgadas por el papado a los vicentinos, ella debía ser reconocida o *agregada* —como se denominaba el proceso— por el Consejo General.⁶ La agregación implicaba sujetarse fielmente al Reglamento General.

Un copioso calendario festivo estimulaba las relaciones entre las distintas Conferencias y, como consecuencia, reforzó la identidad y la cohesión de toda la Sociedad al irse consolidando estas celebraciones piadosas en sus rituales distintivos.⁷

En Chile, la acción de la primera Conferencia de San Vicente de Paul, la Conferencia Central de Santiago creada el 30 de abril de 1854, en la parroquia de El Sagrario, la más antigua de la ciudad, núcleo de la actividad religiosa de la clase alta santiaguina. El hecho de haber sido obra de la jerarquía eclesiástica marcó no solo el carácter privado de la Sociedad en Chile, sino también —y en esto difiere del francés— la importancia radical que este liderazgo religioso marcaría en la consolidación y propagación de la Sociedad en el país.⁸ En este sentido, Chile repetía lo que había estado ocurriendo en varias de las provincias francesas, en donde fueron los obispos los que llevaron las conferencias a sus diócesis.⁹

El rápido crecimiento de la Conferencia hizo necesaria su división originando, entre 1855 y 1865, seis nuevas Conferencias en Santiago y cinco en las ciudades más importantes del país: La Serena, Valparaíso y Concepción. Junto a los dos Consejos, Particular y Superior de Chile, este conjunto de Conferencias puede ser considerado como una primera etapa dentro de la implantación de la Sociedad en el país. En ella

⁵ *Consejo Superior* y cada ciudad con un *Consejo Particular*. Existían además los Consejos Centrales en diócesis donde las Conferencias o los Consejos Particulares estuvieran aislados.

⁶ En 1845 el Papa Gregorio XVI otorgó indulgencias plenarias a todos los consocios de la Sociedad de San Vicente de Paul.

⁷ Los hitos de mayor importancia estaban marcados por las cuatro fiestas de la Sociedad: la fiesta patronal, la traslación de las reliquias de San Vicente, el primer lunes de Cuaresma y el dogma de la Inmaculada Concepción. Además se exigía mensualmente la comuniones de regla.

⁸ No nos vamos a detener en este punto pues no corresponde a las intenciones de este trabajo, pero sí deseamos dejar en evidencia que el origen clerical de la Sociedad y la fuerte injerencia de los religiosos en su temprana organización, hizo de la supuesta independencia una autonomía obligada y un problema para los chilenos. La respuesta a ello, sin duda, pasa por comprender cuán dispares eran los estadios de consolidación de la sociedad civil en Francia y en Chile, pues evidentemente el asunto pone de manifiesto la relativa inconsistencia del concepto en el país aún a pesar de haber vivido ya cuatro décadas republicanas y contar con una sólida conciencia nacional y democrática. BARROS ARANA, Diego. *Un decenio de la historia de Chile*. Santiago: Imprenta Barcelona, 1913.

⁹ FOUCAULT, *op. cit.*

todas sus Conferencias son parroquiales, dirigidas por el clero e integradas mayoritariamente por la aristocracia.

Un punto de quiebre dentro de este periodo lo constituye la agregación en marzo de 1861 de la Conferencia Central a la Sociedad general. Tras el hecho la autonomía con que había funcionado este primer grupo de Conferencias fue lentamente revertida hacia la centralización y la formalización de sus prácticas asociativas y caritativas.¹⁰

«Vayamos a los pobres porque en ellos está Dios»: la visita a domicilio

Uno de los temas de mayor importancia para responder por qué las Conferencias de San Vicente de Paul marcaron un notorio punto de inflexión de las prácticas caritativas dentro del mundo católico de mediados del siglo XIX, es precisamente intentar comprender cómo fue esta nueva relación entre ricos y pobres inaugurada tras el ejercicio de la visita a domicilio.

A grandes rasgos, hasta 1830 los escasos y precarios establecimientos de beneficencia promovían la religión, el trabajo y la moral en completa continuidad con el fundamento moralizante de la caridad del Catolicismo Ilustrado que continuará presente también en las obras de la segunda mitad del siglo.¹¹ El hecho debe enmarcarse en un contexto de continuidad aún más amplio entre varios de los principios del Catolicismo Ilustrado y el Ultramontanismo.¹²

Esta primera etapa de la Sociedad de San Vicente de Paul será heredera de esta concepción de la caridad como obra transformadora de laicos y religiosos, de ricos y pobres.¹³ Concepción a la cual, la acción vicentina le agregó la idea de asimilar caridad con fraternidad al estrechar los lazos con los pobres, visitándolos en sus moradas y comprometiéndose en su reforma a través de un contacto permanente.

En la caridad predecesora a la vicentina, los ricos ayudaban a los pobres desde sus propios centros de referencia y, aunque algunos de los reglamentos contemplaban en

¹⁰ El proceso fue dirigido desde ultramar por el Consejo General a través del *Boletín de la Sociedad* en su versión española, una serie de manuales y libros, numerosas circulares explicativas y una correspondencia relativamente estable. En el país, fue el alto clero secundado por los Consejos antes mencionados quienes abogaron por consolidar las tradiciones de las Conferencias.

¹¹ Ellos consistían en un par de hospitales de varones (El San Juan de Dios y El San Borja), el Asilo de Expósitos y el Hospicio de Pobres, a los cuales en la década del 40 se sumaron a instancias de la Sociedad de Agricultura y Beneficencia o de algunos de sus fundadores, la Caja de Ahorro, la Escuela de Artes y Oficios, la Cofradía del Santo Sepulcro, el Asilo del Salvador para mujeres vergonzantes y La Casa Correccional, entre otros.

¹² SERRANO, *op. cit.*, p. 33.

¹³ La gran mayoría de los fundadores de la Conferencia Central pertenecían a una aristocracia educada en la tradición monárquica y en los principios del Catolicismo Ilustrado. Siendo jóvenes enfrentaron la crisis política de la independencia, correspondiéndoles representar a una generación de transición entre el mundo valórico de su juventud y las nuevas corrientes ultramontanas del catolicismo europeo y chileno.

sus metas promover los «socorros a domicilio», estos solo se consideraban, como lo decía el periódico *El Agricultor* de Santiago, «con el objeto cristiano de curar y consolar a los enfermos». ¹⁴ Lo mismo sucedía con quienes participaban en la Hermandad de Dolores o Instituto de Caridad asistiendo a los enfermos de gravedad en sus domicilios o aquellos cofrades que hacían lo respectivo con sus hermanos moribundos.

Por lo tanto, todo parece indicar que la visita a domicilio de los pobres lejos de ser una actividad regularmente practicada por la beneficencia tradicional, era algo novedoso entre los chilenos. ¹⁵

Adoptando la terminología utilizada por Elisabeth Dufourcq ¹⁶ cuando se refiere al paso entre un *catolicismo de referencia* a uno de *movimiento*, quisiéramos proponer que fueron las Conferencias de San Vicente de Paul quienes personificaron el tránsito entre ambas concepciones dentro del mundo laico. ¹⁷ Si con la llegada de las nuevas congregaciones de vida activa francesas el religioso salió fuera del claustro relacionándose con el mundo exterior a través de la caridad, con las Conferencias se abrió espacio para que los laicos se relacionaran con la pobreza a través un conocimiento empírico y personal del pobre materializado en la exigencia de la visita a domicilio.

¿Cómo operaba la visita a domicilio en las Conferencias chilenas?, ¿fue exitosa su práctica? Todo parece indicar, a primera vista, que la visita —tal como lo prescribía la norma europea— no fue ejecutada por el primer grupo de consocios, por lo menos entre 1854 y 1861. Solamente después de la agregación de la Conferencia Central comenzó la preocupación por hacerlo, pero su ejercicio estuvo lejos de realizarse con la sistematización requerida y el carácter íntimo señalado por el Reglamento. El desconocimiento empírico que la elite tenía de la pobreza urbana a mediados del siglo XIX hizo que la visita de los chilenos durante este periodo de aprendizaje, más que una «visita» desde el punto de vista del *Reglamento General*, fuera una «inspección de su miseria». En otras palabras, si los consocios tocaron la puerta de los pobres no fue para escucharlos, aconsejarlos y redimirlos creando lazos afectivos entre ambos, sino para verificar su grado y tipo de necesidad. Sin embargo, no obstante este fracaso empírico inicial, nos parece que solo el hecho de imponerse como una obligación

¹⁴ SALINAS, Maximiliano. *El Laicado Católico de la Sociedad Chilena de Agricultura y Beneficencia 1838-1849. Evolución del Catolicismo y la Ilustración en Chile durante la primera mitad del siglo XIX*. Santiago: Universidad Católica de Chile, 1980, p. 33.

¹⁵ De hecho, en la edición de 1914 del nuevo Reglamento chileno publicado tras la agregación, los consocios agradecían a Dios por haber introducido una manera de «socorrer a los pobres ignorada o no usada antes». *Estatutos y Reglamento General de la Sociedad de San Vicente de Paul con notas aclaratorias publicadas el 21 de noviembre de 1853 y varios anexos*. Santiago: Imprenta de la Casa de Talleres de San Vicente de Paul, 1914, p. 7.

¹⁶ DUFOURCQ, Elisabeth. *Les Aventures de Dieu. Trois siècles d'histoire missionnaire française*. Paris: Editions Jean Claude Lattes, 1993.

¹⁷ Ambos conceptos fueron utilizados por la profesora Sol Serrano en su reciente estudio, *Virgenes Viajeras, Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile 1837-1874*, para identificar en el caso del mundo religioso la sociabilidad de las congregaciones francesas llegadas al país y su diferencia con el convento colonial.

religiosa individual señaló la introducción de un novedoso y moderno concepto de la caridad y de la pobreza.

Prueba de esta ineficiencia fue la inicial incomprensión de la visita. Las familias pobres eran recomendadas por cada consocio a la Conferencia y luego *adoptadas* por ella, es decir, socorridas permanentemente. Pero el socorro no se entendió como el visitarlos semanalmente en sus casas para confortarlos espiritualmente, sino el repartirles bonos de alimentos, vestuario y calefacción. Solo de vez en cuando lo hacían en sus domicilios, pero generalmente el reparto se hacía en la misma parroquia, el Palacio Arzobispal o en la casa de un consocio. Y ello, porque el primer problema de la Conferencia Central fue precisamente la ignorancia del lugar dónde residían los pobres y cómo lo hacían. Muchas veces los bonos no pudieron ser repartidos en su totalidad pues prácticamente no se sabía en dónde entregarlos y entonces se prefería que fueran los mismos pobres quienes viniesen a buscarlos, tal como siempre lo habían hecho.¹⁸ Esto parecía lo normal.

Para salvaguardar esta desinformación una de las primeras preocupaciones de la Conferencia fue establecer «la estadística general de la miseria» o el «censo de los pobres de Santiago» (Actas, 25 junio 1954). La Conferencia tenía en sus manos la atención de las parroquias El Sagrario, San Lázaro y San Saturnino¹⁹ con una población total —según sus datos— de alrededor 36 mil personas, pero de los cuales ignoraban cuántos eran pobres.²⁰

Para conocer dónde y cómo habitaban se nombraron seis comisiones ambulantes de tres o cuatro consocios que recogieran información en el sector más céntrico de la ciudad. Cada una debía informar al resto de la corporación sobre la pobreza de su cuadra.²¹ Sin embargo, las comisiones fueron irregulares en su funcionamiento pues

¹⁸ El reparto se hacía los jueves por la noche en la iglesia de la Compañía, o a veces durante las mismas sesiones y entonces los pobres adoptados llegaban hasta el Palacio Arzobispal para obtener sus bonos o a la casa del tesorero o de algún otro consocio cuando se trataba de repartir leña o carbón. Joaquín Larraín Gandarillas, junto a algunos de los primeros presidentes laicos de las Conferencias, criticaron duramente el reparto centralizado de los bonos porque iba en contra del espíritu asociativo que se pretendía inculcar. No habiendo bonos que retirar, los consocios dejaron de asistir regularmente a las sesiones. Para ellos la deficiencia en el ejercicio de la visita era atribuida a la escasez de limosnas (dinero y especies). Una apreciación totalmente errada, según Larraín Gandarillas, que acusaba en ellos la falta de espíritu. En otras palabras, la poca comprensión del sentido de esta nueva caridad. «Si verdaderamente existiera —decía— continuarían reuniéndose, adelantándose recíprocamente y haciendo el bien en la escala que se pudiese». Comprenderían que si se reunían y realizaban la visita a domicilio era, en primer término, para hacerse mejores cristianos uniendo sus oraciones. La caridad debía ir unida a la piedad, sino era mera filantropía.

¹⁹ Territorialmente, tanto la parroquia de El Sagrario como la de San Lázaro coincidían prácticamente con los límites de la ciudad colonial. Lo que para algunos era denominado «la ciudad propia». Unas cien manzanas en un triángulo delimitado por el río Mapocho hacia el norte, la Cañada y el callejón de Negrete al oeste por donde corría la mayor acequia de la ciudad. A ello hay que agregarle las manzanas de la parroquia de San Saturnino ubicada en el nuevo barrio de Yungay hacia el poniente de la ciudad.

²⁰ Archivos de la Sociedad de San Vicente de Paul en París. Correspondencia entre el Consejo Superior de Chile y el Consejo General de París, años 1860-1920. Hojas de agregación de las Conferencias chilenas. Año 1854.

²¹ Los pequeños subgrupos funcionaron con un Reglamento especial de socorro a los pobres, siendo

casi un 50% de los consocios dejó de asistir a las reuniones.²² Un gran número de pobres socorridos por la Conferencia no eran visitados.

Tras el reconocimiento de la Conferencia Central por París se trabajó por adaptar las viejas costumbres al modelo de caridad vicentina. Pero, aunque se abandonó el modelo de las comisiones (corporativo) y se insistió en que la visita era una obligación individual que cada consocio debía realizar en parejas, tampoco ello logró hacer de la práctica un ejercicio permanente y constante.²³ Solo para ejemplificar lo anterior, diremos que en 1863 de los 35 miembros activos de la Conferencia Central, solo 20 estaba emparejado.²⁴ Asimismo, mientras el número de familias adoptadas aumentó progresivamente en los años siguientes hasta llegar a las 60 en 1869,²⁵ el total de familias visitadas solo creció de 17 a 20 entre los mismos años.

Al comenzar la década del 70 podríamos decir que el proceso de formalización de la Sociedad de San Vicente de Paul prácticamente ha finalizado. Una señal de este hecho lo constituye la creación del Consejo Superior de Chile con sede en Santiago. El número de Conferencias creció a 13 y el de consocios a 350.²⁶ Sin embargo, esta consolidación organizativa no implicó el fortalecimiento de la visita a domicilio. Evidentemente un número mayor de consocios la practicaba y ello refleja en parte su asimilación, pero el número de pobres visitados por la Conferencia Central se mantuvo estable entre las 20 y las 26 familias visitadas mientras el número de bonos siguió en aumento al igual que la participación de los consocios en otras obras caritativas desarrolladas por la Sociedad.

En cuanto a las demás Conferencias menos vinculadas con las tradiciones de la Sociedad, su correspondencia deja ver la preocupación permanente por llevarla a cabo como lo prescribía el Reglamento. Evidentemente este solo hecho no prueba la realidad de su ejecución, pero refleja la conciencia de conciliar sus acostumbradas formas de caridad con las nuevas perspectivas.

encargadas de distribuir entre ellos tres bonos en el momento de la visita y recorrer las calles mensualmente pidiendo limosnas o nuevas suscripciones a favor de la caja.

²² Si en 1854 y 1855 el promedio de consocios presentes en las sesiones fue de 48, en 1857 fue de 29, en 1861 de 24 y en 1863 de 15.

²³ Una lista completa de los consocios junto a un mapa de la parroquia El Sagrario en la sede de la Conferencia Central fue el símbolo de la tarea personal ante el resto de la corporación. Dentro del rito de las reuniones, el presidente invitaba a los consocios a dar noticia de sus pobres en voz alta y luego cada uno pedía los socorros según su propia evaluación de la miseria visitada. Luego de ser inspeccionados por dos comisiones permanentes, la adopción de la nueva familia se anunciaba públicamente en la siguiente sesión siempre y cuando sus necesidades fueran meritorias. Una vez al año esta inspección era generalizada y un verdadero peregrinaje por la pobreza era realizado por el Consejo de la Conferencia.

²⁴ En 1862 se llevó a cabo la organización de las parejas, pero solo en 1863 se convino en realizarla de esta manera.

²⁵ En 1865 el número era de 26, en 1866 de 37, y en 1868 de 58.

²⁶ Archivos de la Sociedad de San Vicente de Paul en París. Correspondencia entre el Consejo Superior de Chile y el Consejo General de París, años 1860-1920. Cuadros estadísticos de las Conferencias chilenas enviados al Consejo General, años 1863-1870.

Con respecto al aspecto moralizante de la caridad, la visita tampoco fue exitosa. Moralización vista como instrucción, trabajo, salubridad, higiene y recristianización. En general, durante estos años la cuenta del estado moral de los pobres no fue positiva. En 1866 la Conferencia Central se lamentó del poco fruto de sus trabajos intensificándose la búsqueda de soluciones. La herramienta más certera fue la creación de los llamados *Patronatos de Aprendices*. Una nueva tipología de establecimientos de beneficencia denominados por el Papa León XIII como verdaderas *misiones permanentes* cuyo desarrollo no ocurrió sino hasta la década de 1890.

¿Qué fue lo moderno de la visita a domicilio? ¿Por qué esta temprana incomprensión?

Tras la práctica de la visita a domicilio se esconde una profunda transformación en la concepción global de la sociedad y, con ella, de su concepto de justicia. Junto con el ocaso de la sociedad estamental de Antiguo Régimen, la visión de la pobreza como parte de un ordenamiento divino de las cosas —en donde a cada quien le correspondía lo que estaba preestablecido por Dios «según el lugar que ocupaba dentro del organismo social»— fue cediendo frente a la concepción de una sociedad conformada por individuos fundada por la modernidad política. Por lo tanto, si antes justicia significaba darle a cada quien lo suyo, entonces la caridad implicaba ayudar al pobre para que siguiera siendo pobre; poco a poco hacia mediados de siglo, la caridad implicó ayudar al necesitado para integrarlo a la sociedad. La ecuación directa entre limosna y salvación del alma dejó de ser directa. Las limosnas dejaron de ser cuantificables en bienes materiales y la salvación dejó de medirse desde un punto de vista material comenzando a serlo también desde un punto de vista humano basado en la reciprocidad de la entrega. Nos parece más o menos evidente que con la visita a domicilio la caridad de las Conferencias dejó de ser *cuantificable* en bienes y comenzó a ser *cualificable* en vínculos humanos, introduciendo con ello la posible relativización de la salvación, pues ¿cómo se podía medir cuán efectiva era la relación entre quien daba y quien recibía?

Probablemente, la incomprensión de la visita se debió a que su práctica no correspondió al ritmo en que este cambio se produjo en la mentalidad de la sociedad. Quizás, la visita se adelantó un par de décadas pues hacia fines de siglo la problemática de los trabajadores obligó a replantar la relación con esta nueva pobreza desconocida hasta entonces desde términos mucho más sociológicos y menos teológicos, y en ello la visita a domicilio ya había abonado el camino.